

El traje azul

(De *Mundo al Día*, Bogotá).

UNA vez le dije: ¿sabes? te sentaría bien el azul y el oro, los colores de Fray Angélico.

Y a la otra noche vino tocada de un traje azul leve como la niebla. En el parque inmóvil todo estaba lleno de luna y de perfumes violentos. Entre el follaje de las eras, su cabeza aparecía como una flor mórbida y viva, erguida sobre el tallo celeste, una flor de ojos enormes cargados singularmente en aquel minuto con el hondo misterio del universo.

Yo me pregunté qué más podría apetecer mi felicidad que aquel traje azul dentro de aquella honda noche. ¡Nada más! Y la exaltación máxima me embriagó porque vi realizarse en un instante fugitivo no sé qué soñadas similitudes de color y de forma, de alma y de ambiente.

Vi revelarse súbita y simultáneamente las dos cualidades tutelares que busco con ahinco en las cosas: la armonía y la sutileza. ¿Cómo? No sé, pero sin duda en aquel momento la figura maravillosa estaba dotada de un secreto poder expansivo tan enérgico, que al presentarse, dió el tono en derredor: como por un extraño mimetismo, todo lo que había en torno se hizo azul: luz, aire, árboles, senderos y hasta mi alma misma subordinóse obediente al matiz dominador de ese traje y de esos ojos; sí, yo comprendí la analogía íntima de color que se suscitó entre mi alma y la mujer azul y entre la mujer azul y el ambiente sobrenatural. Hasta me figuro que en esta armonía increíble cupo su parte de influencia a los sonidos. Es verdad que comunmente el color de los sonidos y el de las voces es imperceptible, pero eso no significa que las voces y los sonidos no tengan color. En todo caso, hay instantes de revelaciones estupendas en que se perciben levemente las cualidades más inmateriales de las cosas; aquella vez, mi voz y la de ella eran azules entre la noche perfumada y parecía azul también la música inefable de las hojas.

El traje era sutil; es decir, ingrátido, inasible, fugitivo; soltándolo en el aire quedaría suspenso y titubeante como un plumón; comprimiéndolo cabría todo entero dentro de la mano de un niño.

Ahora bien: ella y su traje, al juntarse, penetrándose, se comunicaban un sinnúmero de virtudes bellas y ligeras; el traje, bajo las influencias estimulantes de la carne y del espíritu, se hacía vivo, con vida sensible y singularmente humana, vida pequeña y suave robada a ella, integrada por sus flúidos y sus aromas, por esa parte vaporosa del alma que sale al través de los poros y se incorpora a los objetos que nos rodean, vitalizándolos un poco, animándolos casi. Vida robada a ella, pero que asumía sin embargo una cierta independencia propia. En efecto: al influjo de la sangre potente, la tela se despertaba, se desperezaba, se erguía, volviéndose mimosa y amorosa, iniciando el abrazo y la caricia, ciñéndose con ávida inquietud en torno de las formas, pegándose a los brazos desnudos, deslizándose en medio del pecho como un pálido líquido sumiso.

Y en cambio de esa anímula cariñosa y humana que recibía de ella, el traje le daba a ella la alegría enérgica, la exaltación eufórica que despierta en el cuerpo el contacto de las telas nuevas, suntuosas y flexibles; la excitaba a marchar, erguida sobre los senderos; le infundía algo de esa alma aérea y luciente de las sedas azules, haciéndola al mismo tiempo más lejana y más ágil, más ligera y más flexible; suavizaba los contornos de la carne maciza, y regía el movimiento—el traje influye siempre en el ritmo de la marcha—imprimiéndole un paso dulce y firme, elástico y delicado; pero sobre todo—y más que

ningún otro traje a ninguna otra mujer—la rodeaba de enigma terrible: en el sutil velo azul encontraron sin duda aquella noche tanto misterio sus ojos fantásticos y su corazón contradictorio.

En realidad, en el traje residen toda la fuerza, todo el peligro, todo el misterio de la mujer. Desnuda ¡oh enemiga! sólo eres un pobre sér prisionero y débil, un alma cándida y cristalina que no tiene nada que esconder.

LUIS TEJADA

Luis Tejada

Vencido por cruel enfermedad, que destruyó en poco tiempo todas sus fuerzas, falleció ayer (1) en Girardot Luis Tejada, y apenas si podemos lamentar esta amarga noticia. Dejamos para después el homenaje que merece el amigo y el ilustre compañero.

Nos abandona Tejada en plena juventud, cuando su hermoso talento, uno de los más privilegiados de la generación actual, estaba en una fecunda florescencia, y permitía esperar, para gloria suya y de la patria, una intensa y noble producción.

En el periodismo colombiano dejó Tejada páginas incomparables; páginas que perdurarán, por su forma impecable y por su fondo ideológico, siempre original y admirable. Tejada poseía, como pocos, el arte único y supremo de escribir bien. Sus crónicas eran una maravilla de estilo y de facilidad, y no había lector que no encontrara en su lectura un delicioso placer. Además de un consumado estilista, fué Tejada un pensador, enamorado de las ideas nuevas, revolucionario y demoledor. La actual organización social, por tantos aspectos inicua, indignaba a Tejada, que soñó siempre con la ciudad futura, en que todos seríamos hermanos, y seríamos felices; en que no habría odios ni envidias, ni miserias, ni todas estas abominaciones contra las cuales peleó Tejada con todas las fuerzas generosas de su alma, sin lograr, ay! ver realizado ninguno de sus anhelos.

Pero Tejada no era tan sólo una inteligencia. Era también, y acaso principalmente, un corazón de oro. El predicaba bondad y renovación, y amor, porque era bueno, porque nunca vió cosa alguna de esta tierra bajo el ángulo del odio, porque sentía las ansias vivísimas de un cambio fundamental.

Casado con una dama distinguidísima, Tejada fué el esposo modelo, el compañero inseparable, que supo de todas las ternuras. Dejar a su joven esposa, fué sin duda el supremo dolor de Tejada, que sin embargo tenía valor suficiente para mirar cara a cara a la muerte.

Enviamos nuestro pésame a la señora viuda de Luis Tejada y a toda su familia, y colocamos sobre su tumba el homenaje de nuestra admiración y de nuestro dolor.

Hacemos extensivo este pésame a *El Espectador*, en cuyas páginas dejó Luis Tejada toda su obra breve y admirable, para honra inmarcesible del colega, hoy enlutado por la pérdida de un colaborador cuyo nombre queda inscrito con letras de gloria en los anales de nuestro periodismo.

(El Tiempo, Bogotá)



(1) A mediados de setiembre pasado murió Tejada.